

ERICE, Francisco: *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, Siglo XXI, Madrid, 2020, 584p.

Parece que, de un tiempo a esta parte, se viene produciendo una reacción, si bien aún tímida pero persistente, a los muchos desmanes culturales impulsados por cierto posmodernismo tan en boga en nuestro discurso público académico y cotidiano. Sin duda, el último trabajo del profesor Francisco Erice, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Oviedo, se enmarca dentro de esta tendencia contestataria como un esfuerzo mayor en comparación a otras propuestas de reciente aparición editorial. Lo hace además, desde el mismo título de su obra, *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, con una rotunda declaración de intenciones. En él se trasluce, ya en el encabezado, el compromiso del historiador marxista vinculado a la mejor tradición crítica y racionalista del materialismo histórico. A Erice, formado en la escuela intelectual de E.P. Thompson y Eric Hobsbawn, asimismo a cargo de la sección de historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM), le avala una dilatada trayectoria en el ámbito de la historiografía social y del movimiento obrero en España. Por tanto, la suya no es, ni mucho menos, una aproximación desmitificadora del actual progresismo posmoderno desde posiciones reaccionarias o conservadoras sino, muy al contrario, la de un autor preocupado por pensar alternativas democráticas y emancipadoras al dominio del capital en la era del capitalismo globalizado.

Se plantea en este tratado una enmienda a ese lugar común, tan caro a las diatribas posmodernistas que, en una suerte de juicio sumarísimo a la Ilustración, establecen que la era de la Modernidad, cuya matriz se localiza

---

Recibido: 28/01/2021. Aceptado: 08/02/2021.

en las entrañas del mundo occidental, habría sido un proyecto opresivo de dominación social y, por descontado, la Razón su principal instrumento de legitimación filosófica. Los totalitarismos del siglo XX, con el nazismo y el estalinismo como máxima expresión, serían, en consecuencia, la emanación histórica más sombría de esta inercia cultural. Según esta visión, ampliamente difundida después de la Segunda Guerra Mundial en buena medida gracias al celeberrimo ensayo de Theodor Adorno y Max Horkheimer, habría en el racionalismo ilustrado una pulsión lógica inherente, tendente a asimilar lo heterogéneo en una forzada homogeneidad y, a partir de ahí, dispuesta a sacrificar la individualidad en virtud de un más alto principio absoluto y unificador. Los campos de exterminio nazis en Europa Central y la red del Gulag, a lo largo y ancho de la estepa siberiana, representarían la postal conceptual más salvaje de este movimiento. Es bien sabido que los posestructuralistas franceses y sus afluentes intelectuales, con su sempiterna reivindicación del infinito pluralismo y diversidad de la vida social, llevarían este recelo contra la Modernidad al paroxismo. En consecuencia, frente a esta actitud condenatoria sin ambages de la Ilustración, el propósito de Francisco Erice, sin dejar de reconocer el valor de algunas aseveraciones posmodernas, es defender la idea de que un racionalismo crítico, como el que inspiró originalmente la obra de Karl Marx, sigue siendo, a pesar de todo, el mejor instrumento para producir una ciencia social verdaderamente fecunda y rigurosa.

En la primera parte de su estudio, Erice aborda la relación, casi directamente proporcional en términos históricos, entre “El retroceso del marxismo y el auge del posmodernismo” (pp. 35-269). La eclosión de las teorías posmodernas, desde finales de los años sesenta, se da en sincronía con el paulatino declive de la influencia intelectual del materialismo marxista. En general, la generación del sesenta y ocho puso sobre la mesa preocupaciones mucho más próximas a la identidad personal y la experiencia íntima de la conciencia. De este modo, instaló una desconfianza congénita hacia la subsunción de toda vivencia individual en cualquier patrón explicativo derivado de una determinada formación social superior. En efecto, esta manera de comprender los asuntos humanos, obviamente concomitante con el marxismo, pasó a considerarse poco menos que un acto de violencia epistémica. Tal actitud, unida además al descrédito político del «socialismo real», sobre todo tras la ocupación soviética de Hungría y Checoslovaquia, llevó a la deserción masiva de jóvenes intelectuales desde las filas de toda filosofía que pudiera considerarse inspirada por la escuela histórica de Marx y Hegel. Emergió así una miríada de posiciones heterogéneas, no obstante, todas ellas refractarias a la idea de razón y totalidad.

Por consiguiente, el profesor asturiano desgrana el catálogo de autores más influyentes en la posmodernidad, especialmente en tanto no deja de ser el interés principal de Erice, en lo relativo a sus opiniones sobre la historia. Así pues, se revisan las pretendidas contribuciones a la ciencia social de los grandes nombres del pensamiento continental en el último medio siglo, entre otros muchos, Jean-François Lyotard, Gianni Vattimo, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Félix Guattari, Roland Barthes o Paul Ricoeur. La obra de Michel Foucault, debido a la cercanía temática de su trabajo con la tradicional labor de historiar, merece un tratamiento más singularizado en este ensayo. De igual forma, lo mismo ocurre, dada la desacomplejada reivindicación del materialismo histórico aquí presente, con los desarrollos teóricos más descollantes del llamado «posmarxismo», representado por las parejas literarias de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en paralelo a Toni Negri y Michael Hardt. El juicio general de Francisco Erice con respecto a estos cuatro ideólogos —alguno, como es sabido, con extraordinario predicamento en la política española— es que, si bien incorporan a su reflexión ciertos elementos pertinentes en el devenir del mundo contemporáneo, su razonamiento de fondo es poco convincente y, en definitiva, del examen cuidadoso de su argumentación, resulta que su vinculación con el marxismo no es más que un mero ornamento retórico.

Sin embargo, las opiniones de Erice no se adscriben, ni mucho menos, al estrecho dogmatismo del marxismo vulgar. De hecho, una de las tesis principales de este estudio es que esa imagen mental reduccionista y simplificadora, proyectada hasta la saciedad sobre el materialismo histórico por los entusiastas del posmodernismo, presupone, en la mayoría de las ocasiones, una grosera caricatura dispuesta como un «hombre de paja». El catedrático hace notar que, en su particular cruzada contra el hipotético esencialismo determinista de Marx, Laclau y Mouffe cargan, discurso y relato en ristre, contra gigantescos molinos de viento teóricos. Y es que, tal y como se pone de manifiesto en este libro, el marxismo clásico —al menos entre sus mejores exponentes— siempre prestó mucha más atención a los complejos procesos de mediación cultural e ideológica, así como al pluralismo causal supradeterminado de los fenómenos sociales, que el supuesto economicismo de baja estofa que se le imputa. En este sentido, conviene recordar que el propio Antonio Gramsci, autor fetiche de los arriba mentados y —apunta bien Erice— tan invocado como burdamente tergiversado, advertía en sus *Cuadernos de la cárcel*, citando a Croce a propósito de las muchas tentaciones trivializadoras del marxismo, que la filosofía de Marx “no era tan barata; no había coqueteado en vano con la dialéctica de Hegel

para buscar después las «causas últimas» (*La política y el Estado moderno*, Planeta-De Agostini, Barcelona, 1985, p. 49).

Sea como fuere, quizás el punto más débil de la exposición de Erice sea la asimilación, casi automática y sin mayores matices, que se hace del pensamiento de Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger con la literatura filosófica del posmodernismo. Es incontestablemente verdad que la mayoría de sus representantes se dicen herederos de sus planteamientos. No obstante, como precisamente en el decir de Marx, no se puede juzgar a un individuo ni a una época por la idea que tienen de sí mismos, en este caso, más valdría analizar esta cuestión con mayor detenimiento. Por otro lado, también cabe señalar que se ha convertido en un lugar demasiado común, sobre todo en determinados círculos de la izquierda, vincular directamente a ambos pensadores con las derivaciones más reaccionarias del nacionalismo alemán. En el expediente de Heidegger, como es obvio, su compromiso personal con el Tercer Reich —ateniéndose a los hechos, ciertamente real pero, por lo demás, fugaz y bastante *sui generis*— pesa como una losa sobre cualquier valoración ecuánime de su producción intelectual. En lo que a Nietzsche respecta, sus afebradas peroratas antisocialistas y, sobre todo, el uso propagandístico que su hermana —y a la sazón albacea— brindó al Partido Nazi de su figura, tampoco contribuyen a un balance desprejuiciado. Con todo, en ambos casos, existen varias razones para no desechar sus reflexiones sobre la historicidad como inequívocamente fascistoides y antimarxistas.

No cabe duda de que las críticas de Nietzsche al socialismo, diseminadas a lo largo de sus escritos, son innumerables en la medida en que lo considera la secularización definitiva del cristianismo. Sus desprecios hacia las masas y la clase obrera son también una constante. Por ello, Franz Mehring —probablemente el coetáneo marxista que más atención le dedicó— lo consideraba el filósofo social del capitalismo de su época. Pero, en honor a la verdad, se ha de reconocer que sus ataques a la «mediocridad burguesa» son igualmente inmisericordes. En cualquier caso, Mehring también hace notar que Nietzsche tiene sólo una noción moralista del socialismo y, desde luego, claramente premarxista. Parece ignorar la reprobación de Marx a la vertiente conservadora del sistema hegeliano que, paradójicamente, coincide en más de un aspecto con la suya. Así, pese a lo que parece inferirse del texto de Erice, la aproximación nietzscheana a la historia no se agota en su abominación de la dialéctica y la exaltación de las individualidades hercúleas. En la segunda de sus *Consideraciones intempestivas* (1874), donde aborda profundamente el tema de la historicidad, se encuentran, entre los característicos exabruptos del esteta atormentado, interesantes

observaciones para cualquier historiador marxista. Nietzsche deplora la falsa científicidad del positivismo historiográfico rankeano, obsesionado con la estéril acumulación de datos pobremente interpretados, y ambiciona una historia concebida para la acción. Es más, podría decirse que, por momentos, en el ímpetu torrencial de sus palabras, parece ensalzar la irrupción violenta de un demiurgo histórico en el más acerado sentido leninista.

En cuanto a Heidegger, *En defensa de la razón* se limita a subrayar el carácter reaccionario y anticomunista de sus opiniones políticas sin hacer referencia a sus penetrantes análisis sobre el acontecer histórico. En la segunda sección de *Ser y tiempo* (1927), se presenta un capítulo dedicado exclusivamente a esta cuestión que, desde el mismo momento de su publicación, aunque Erice se muestra escéptico ante cualquier «heideggerianismo de izquierdas», captó el interés de algunos marxistas. Sin duda, el más reputado de ellos fue Herbert Marcuse, judío y conocido veterano de la Revolución de Noviembre, que acudió a Friburgo a realizar su tesis de habilitación sobre la teoría hegeliana de la historia con el profesor Heidegger. Y es que no son pocas las concordancias entre la descripción de las determinaciones esenciales de la historicidad del *Dasein* y las aspiraciones teóricas del «marxismo occidental» en la línea de Georg Lukács y Karl Korsch. De hecho, Lucien Goldmann se aventura a sostener en un ensayo que Heidegger escribió esas páginas bajo la influencia de Lukács. Sea así o no, entre otros rasgos, por muy distanciados que estén sus proyectos, Marx y Heidegger comparten un concepto ontológico-existencial de la alienación —o «existencia inauténtica» del hombre— que, en última instancia, está determinado por su situación histórica. En *La sagrada familia* (1844), Marx se anticipa un siglo a la jerga de su compatriota cuando señala que lo fundamental no es lo que “el proletariado se *represente* provisionalmente como meta; se trata de *lo que es* y de lo que respecto a ese *ser* será constreñido a *hacer*” (Akal, Madrid, 1981, p. 51). No es de extrañar, por tanto, que el propio Heidegger, en un revelador pasaje de la *Carta sobre el humanismo* (1947), sorprendentemente obviado aquí por Erice, concluya que “Marx se adentra en una dimensión esencial de la historia por lo que la consideración marxista de la historia es superior al resto de las historias” (Alianza, Madrid, 2006, p. 53).

Sin embargo, estas cuestiones rigurosamente filosóficas —y, bien es verdad, un tanto escolásticas— no alteran en absoluto la exactitud de las aseveraciones de Francisco Erice sobre la posmodernidad. Así, en la segunda parte de su trabajo, sintetiza con propiedad las principales “Proyecciones historiográficas del posmodernismo” (pp. 273-368). Describe en un admirable esfuerzo

de revisión bibliográfica —aún más, si como reitera el profesor ovetense, se tiene en cuenta la proverbial oscuridad de tan farragosa prosa— los temas cardinales de los historiadores posmodernos y cómo su empuje ha terminado por desplazar a la vieja historia social hacia derroteros culturalistas. Desde la perspectiva del experimentado practicante de una historiografía racionalista y cabal, se exponen de forma convincente las limitaciones intrínsecas de este enfoque. Ahora bien, no por ello se muestra el asturiano impermeable a algunas tesis aportadas por estos autores. En general, aunque evidencia que ciertas formulaciones posmodernistas son disparates sin disimulo, más próximas a una suerte de gnosticismo contemporáneo que a las verdaderas ciencias sociales, el juicio de Erice se mantiene meritoriamente sensato y ponderado.

*En defensa de la razón* no se contenta con comentar el estado actual del asunto que le ocupa, sino que en su última sección, que lleva por título “La historia marxista después de la tormenta: propuestas para una reconstrucción” (pp. 371-526), encuentra espacio para esbozar algunas alternativas al decaimiento del materialismo histórico tradicional. Se aboga por superar, como una cuestión de supervivencia para todo conocimiento histórico que aspire a un mínimo de prestigio intelectual, la rémora contrailustrada y antirracionalista del subjetivismo posmoderno. La teoría de la historia sugerida en este libro desafía así casi todas las premisas medulares del posmodernismo. El historiador marxista defiende con vehemencia que la solidez de los hechos ha de imponerse a los antojos discursivos. La realidad histórica, quíerese o no, marca un límite a la capacidad performativa del lenguaje puesto que las relaciones sociales no son —ni solamente, ni en lo primordial— textuales. De igual manera, la exaltación de lo efímero y momentáneo no puede alterar la evidencia material de que la mayoría de los procesos históricos se vertebran en ciclos largos. Asimismo, el focalizar la atención en lo fragmentario y disruptivo no eleva justificadamente la anécdota al rango de categoría epistémica. En definitiva, en una época en la que lo contingente amenaza con enseñorearse de los dominios de la historia, Erice apunta lo necesario: que el desarrollo social de la humanidad sea un juego de fuerzas contradictorio, abierto e impredecible, no lo convierte en un proceso totalmente arbitrario y carente de sentido.

Ibon Lourido